

# La Guerra de Tres Años, 1857-1861. El conflicto del que nació el Estado laico mexicano\*

MARIO A. GARCÍA SUÁREZ\*\*

ISSN (impreso): 1665-8973

ISSN (digital): en trámite

DOI: 10.25009/urhsc.v0i39.2722

Desde hace más de cincuenta años una historia general de la Guerra de Reforma, o Guerra de Tres Años, había estado estancada en los anaqueles del devenir histórico mexicano (pp. 11, 33; desde 1953 no se había escrito una historia general del conflicto). En 2020, Will Fowler decidió desempolvar esta historia para retratarnos una guerra violenta —qué guerra no lo es—, osada, con momentos dramáticos, que dejó devastada la Hacienda nacional y con protagonistas alejados de la santificación —o satanización— laica que el maniqueísmo de la historia tradicional ha establecido desde hace mucho tiempo.

Fowler está convencido de que esta contienda debe entenderse en sus propios términos y no como la antesala

de la Intervención francesa, ya que fue la más devastadora que la sociedad mexicana haya vivido, incluso más violenta que la guerra de independencia y la Revolución mexicana (p. 22). En sus palabras, “fue una contienda civil y doméstica, [...] las batallas fueron libradas por mexicanos a nivel regional y nacional. Los contendientes se enfrentaron por defender ideas opuestas de lo que era y debía ser su país” (p. 24). Está el autor tan convencido, que tiene que establecer sus propios criterios de periodización a falta de consenso por parte de los historiadores. La intención del historiador británico es tener un recuento de los hechos que explique las causas de la guerra, su desarrollo y conclusión —de ahí que aparezcan preguntas que el propio texto difícilmente puede responder (pero ya hablaré de eso al final).

El de Fowler es un libro versátil, ya que complace tanto al círculo académico como a los no familiarizados con éste. Dentro de la cientificidad de

\* Will Fowler, *La Guerra de Tres Años, 1857-1861. El conflicto del que nació el Estado laico mexicano*, Crítica, México, 2020, 485 pp.

\*\* Escuela Normal Superior Veracruzana “Dr. Manuel Suárez Trujillo”, e-mail: mariogarcia4@msev.gob.mx.



la historia, esta obra está sustentada en un importante número de fuentes de primera mano, así como en una amplia bibliografía; plantea objetivos e hipótesis, establece un orden cronológico de los hechos y da su propia interpretación de los acontecimientos. Pero también, su autor logra algo de lo que muy pocos historiadores podrían ufanarse: escribir una historia que mantenga al lector atrapado por los sucesos, haciendo varios cortes en cada capítulo y dándole dramatismo, fluidez y dinamismo al texto. En pocas palabras: contar una buena historia —en el sentido literario.

El texto se encuentra dividido en seis capítulos, de los cuales los primeros dos establecen las causas de la guerra a largo y corto plazos. El tercero cuenta el golpe de Estado de Tacubaya y el inicio de la contienda, mientras que los últimos tres se centran en explicarla, dedicando un capítulo por año. Cada capítulo cuenta con un punto central que lo identifica del resto de la obra.

El capítulo 1 muestra la fisura política derivada de la emancipación colonial, que va ensanchándose hasta dejar en claro que los grupos políticos —constitucionalistas y tacubayistas— no tienen ya punto de reconciliación al momento de la guerra. Lo anterior no fue fortuito: las relaciones internacionales que el nuevo Estado mexicano trató de llevar a cabo —una vez independiente de España— no dieron resultados favorables. Con el Vaticano esa diplomacia no tuvo un resultado positivo,

pues el Estado pontificio reclamaba el patronato de la Iglesia mexicana, lo que hizo que varios liberales no vieran con buenos ojos al clero. Para financiar al nuevo Estado, se recurrió a los préstamos del Reino Unido, lo que al final se transformó en deuda y en un acaparamiento de los mercados por parte de aquel país. Y con Estados Unidos, las leyes migratorias, la guerra de Texas y la guerra de 1846-1848 fueron los elementos claves para que una generación política —que creció entre 1810 y 1820— tomara soluciones radicales para consolidar el Estado mexicano.

Durante los años posteriores a la guerra contra Estados Unidos, esta nueva generación endureció sus posturas. Por un lado, el conservadurismo mexicano creía que la Iglesia debía ser la portadora de la moral, que debía inducir respeto hacia la autoridad, era parte de la fortaleza de la sociedad mexicana y representaba la identidad del pueblo, y que todos los problemas que se habían suscitado eran producto del gradual distanciamiento entre éste y la institución eclesiástica. Por el otro lado, el liberalismo mexicano estaba convencido de que los problemas de la nación se debían a que habían perdurado legados coloniales, los cuales impedían el progreso, mantenían una sociedad retrograda y favorecían a los sectores eclesiásticos y militares. Por lo tanto, la única solución era eliminar tales legados. Todo esto en el contexto de fracasos constitucionales y de gobier-

nos que eran considerados ilegítimos; prueba de ello era la dictadura de Santa Anna (1853-1855) y la revolución de Ayutla que obligaría al dictador veracruzano a renunciar al poder.

El segundo y tercer capítulos explican el débil andamiaje del Estado mexicano desde el cual se elabora la Constitución de 1857, que para sorpresa de todos fue una Constitución moderada e impopular, lo que derivó en intrigas, el golpe de Estado tacubayista —como lo llama el autor— y la guerra. En los capítulos subsecuentes se estudian los hechos del conflicto: la huida de los liberales encabezados por Benito Juárez, las batallas de Miguel Miramón —que lo consagraron como uno de los estrategas más sobresalientes del periodo, reconocimiento que, por cierto, sería fugaz debido a la debacle que sufrió su ejército en Veracruz—, la matanza de Tacubaya —que desprestigió al movimiento conservador— y los polémicos tratados Mon-Almonte y McLane-Ocampo, junto con el hartazgo de la sociedad por una contienda que parecía no tener fin.

Al contrario de lo que generalmente se aprende y se enseña acerca de la Constitución del 57, el libro explica que cuando ésta se puso en práctica hubo una fuerte reacción por parte de la esfera eclesiástica, que sentía que se estaba atacando a la propia fe. A su vez, los movimientos militares conservadores crisparon el ambiente polí-

tico. Por otro lado, el ala radical del liberalismo mexicano se sentía traicionado por el gobierno de Ignacio Comonfort, ya que la Constitución había sido permisible y poco clara a la hora de acometer los privilegios de la Iglesia y el ejército. La Constitución fue poco satisfactoria, se le tuvo poca fe —por parte de los diputados que la promulgaron— y su aplicación en la sociedad fue violenta. Ante un posible golpe de los conservadores, los liberales moderados se adelantaron, y Félix Zuluaga hizo a un lado a Comonfort en el famoso golpe de Tacubaya. Parecía que el liberalismo moderado había desaparecido y tenido que aliarse a los conservadores pues se derogaron todas las reformas liberales realizadas hasta ese momento.

Además de lo anterior, la obra explora otros momentos, como la reacción popular que hubo ante la jura de la Constitución, que creó un conflicto entre ser ciudadano y católico al mismo tiempo. Este conflicto fue una suerte de “guerra entre ciudades”, porque no sólo los diferentes bandos no lograban retener el control sobre las mismas —salvo contadas excepciones como Veracruz y Puebla—, sino que el “recrudescimiento de los odios” era tal que la sociedad los iba asimilando y reproduciendo hasta el grado de matarse entre familias. Un ejemplo de esto último se puede apreciar cuando un general conservador —un militar sin tacha alguna— fusila

a un grupo de soldados liberales, en venganza porque otro grupo de liberales había fusilado a un homólogo suyo, quedando empero con la conciencia tranquila. Fowler busca una explicación para tanta violencia desde la sociología de Norbert Elias, al teorizar sobre una violencia cíclica, en constante aumento y que difícilmente se puede romper. Cabe mencionar que el contexto del conflicto permitió que actores locales sacaran provecho de la situación y que el bandidaje actuara con impunidad bajo la bandera de un bando o de otro. Es así como el autor entremezcla los contextos internacionales, nacionales y locales que trastocan la contienda.

De igual forma, Fowler se vale del recurso de la biografía —aunque no muy extensa— para retratar a los protagonistas (Juárez, Miramón, Márquez, Comonfort, Degollado) como seres sujetos a sus circunstancias y cuyas decisiones influyeron sobre ellas. Así se vuelven comprensibles las razones de por qué hicieron lo que hicieron. Esto permite dos cosas: la primera, romper con maniqueísmos —los buenos y malos mexicanos—, y la segunda, separar cualquier mirada que explique este conflicto como “antecedente” de la Intervención francesa, ya que durante la Guerra de Tres Años los actores no sabían lo que vendría después. Sólo así es posible entender por qué tanto constitucionalistas como tacubayistas firmaron acuerdos tan desfavorables con otras naciones: esta-

ban en un momento de desesperación. (El efecto de la guerra estaba alertando a otros países para tomar cartas en el asunto, so pretexto de las intensas reclamaciones de sus conciudadanos que residían en México.) Del mismo modo, esta perspectiva permite entender por qué algunos conservadores decidieron dejar de apoyar la causa tacubayista: debido a las disputas internas y la puesta en duda de lealtades —como lo fue el Plan de Ayotla y Navidad— y también a la promulgación de las Leyes de Reforma, que fueron puestas en marcha en un ambiente convulso y premeditado, pero también aprovechando la caída de popularidad del movimiento conservador, por mencionar algunos ejemplos.

Fowler argumenta que la victoria de los liberales se debió a múltiples causas. Primeramente, porque tenían el control de los puertos —Veracruz y Tampico—. En segundo lugar, los estados donde fueron aplicadas las leyes liberales pudieron recaudar fondos para la guerra. En tercero, por el apoyo que recibieron del gobierno de los Estados Unidos. En cambio, el bando conservador perdió porque se había quedado sin fondos, sin apoyo internacional ni eclesiástico y socavado por disputas internas, liquidando así su proyecto. Sin embargo, la paz que vendría después de tres años de violencia no sería duradera. Paradójicamente —para el autor— el proyecto de la Reforma permitió a los liberales imponer el poder civil sobre el

eclesiástico aunque con repercusiones que hasta hoy en día siguen vigentes, pues la población sigue siendo en su mayoría católica.

Si bien el libro de Fowler ofrece todo lo anterior, también genera preguntas que no responde. Por ejemplo, ¿cuál era la concepción de las clases populares de lo que estaba pasando? Porque ante la coerción política por parte de los bandos hacia los grupos étnicos, éstos se vieron envueltos en la violencia de la guerra. Otras preguntas: ¿cómo se manifestaba el liberalismo y el conservadurismo popular? Pues hablamos de un conflicto en que los grupos populares se atacaban entre sí y allanaban todos aquellos elementos que daban identidad a tales pueblos. En ese mismo tenor, ¿cómo estaban conformadas las fuerzas armadas de ambos bandos? Es de entenderse que el núcleo de estas fuerzas era, en su mayoría, perteneciente a grupos populares. Y también, ¿qué motivaba a los ejércitos a luchar? Con tales preguntas, no busco decir que no existen situaciones violentas derivadas de la contienda en los pueblos, y que el texto apunta. Sin embargo, no tenemos un bosquejo del pensamiento de las clases populares. Me parece importante que las nuevas obras generales de historia de México se permitan una reflexión a mayor profundidad sobre los actores regionales y populares que en buena medida enriquecen y revelan la complejidad de la estructura social de la época.

A su vez, otro elemento que acaba diluyéndose por el tema de la guerra tiene que ver con el proyecto conservador. En los primeros capítulos la reacción actúa como lo que es y conocemos sus motivos para ir a la batalla, pero conforme pasan los capítulos queda poco claro si los conservadores plantean un proyecto político definido. Más allá de las opiniones o escritos que realizaron los obispos y las altas esferas del clero, así como de su financiamiento hacia las fuerzas conservadoras —que no siempre fueron de buena manera—, no conocemos a fondo al grupo político conservador que estaba con las grandes figuras. Por ejemplo, ¿quiénes conformaban los gabinetes que acompañaron tanto a Félix Zuluaga como a Miguel Miramón en sus respectivos mandatos?, ¿cuáles eran sus opiniones y decisiones respecto de la situación? Es probable que esto se deba a que los reflectores estaban sobre el movimiento liberal y existen más relatos liberales que conservadores; clara muestra son las obras que se publicaron durante el Porfiriato y, en buena medida, durante la primera mitad del siglo XX.

Es importante aclarar que no es por la falta de información que la obra de Fowler no responde a los anteriores cuestionamientos; más bien el libro busca presentar los acontecimientos sin más. Esto ayuda a que el lector genere interrogantes para poder profundizar en el conocimiento de la

época, y en el caso de los estudiosos del pasado, a que éstos se aproximen a la guerra desde distintos ejes —social, cultural, religioso o exclusivamente militar— para tener una mejor comprensión de los hechos. En este sentido, este libro debe de ser parte fundamental de la bibliografía de quien se interese por la “nueva historia militar”, aquélla que deja de lado la simple relación de los hechos militares y trata de explicar los fenómenos bélicos a partir de otros enfoques.

En síntesis, la obra de Will Fowler retoma, actualiza y pone en la mesa

del debate historiográfico una guerra que ha quedado eclipsada por los acontecimientos posteriores. Este volumen, sin duda, es un referente dentro de la historiografía escrita sobre la primera mitad del siglo XIX, al mismo tiempo que constituye una invitación a los historiadores a seguir discutiendo temas bélicos y al público no especializado a conocer un episodio de la historia de México que ilustra perfectamente lo que sucede cuando tratamos de imponer nuestras ideas y restamos valor al diálogo.